

# EL PORVENIR DE LA INDUSTRIA NACIONAL

La inmensa mayoría de nuestro pueblo no se había dado cuenta de lo que significa la industria para México, hasta que ha visto palpablemente el ascenso, siempre creciente, de los numerosos artículos que importamos y que son de uso común y corriente en nuestra casa.

Antes, es decir, hace apenas cuatro años, le dolía la cabeza a alguna persona, entonces mandaba comprar «una aspirina» o una oblea de Stearns, de esas que les dicen «curas instantáneas» y por cinco modestísimos centavos, se libraba del achaque.

Hoy están caros hasta «los buenos días», porque todo el mundo ve el porvenir con cierto recelo y se muestra hurafío y reservado porque todo sube de precio, y si nosotros somos diz que una «raza de neurasténicos», según cuentan ciertos individuos muy dados a estos estudios, cómo nos pondremos con la idea de que puede llegar un día en que las cosas importadas estén tan fuera de nuestro alcance como están las estrellas?

Pero esto seguramente nos llenaría de pena si no hubiera quien pensara en resolver este importantísimo problema: bastamos a nosotros mismos. Esto es muy difícil, porque hasta los países más bien dotados de todos los elementos de riqueza de todo género, son tributarios de otros, pero nuestra mente es la de explicar y hacer comprender la necesidad de hacernos fuertes por nuestro propio valer, nuestras riquezas naturales y las creadas por nosotros mismos, por medio de nuestro trabajo y nuestra industria. Si nos detenemos a examinar lo que es más necesario para nuestra vida material, vemos que nos son indispensables tres cosas diferentes: una casa, un vestido y un alimento. La primera para alojarnos, la segunda para cobijarnos y la tercera para sostener ese equilibrio que se llama vida.

¿Quién no ha visto hacer una casa?

Llega el ingeniero, traza las cepas, indica al maestro albañil la profundidad de los cimientos, el espesor de los muros, su altura, y un sin número de detalles que él ya ha estudiado y meditado y que ha resumido en los planos que dibujó en el informe que presentó al dueño de la obra.

El sobrestante recibe y anota los materiales de construcción: la cal, la arena, los ladrillos, las vigas de madera, las viguetas de fierro, el cemento, las láminas onduladas, el metal desplegado, y lleva un registro de entradas y salidas de todo lo relativo a la obra.

Poco a poco se levanta la casa, y se le va viendo su forma airosa y esbelta que parece decir: Mirrenme y admírenme: ¡qué bonita soy!

Y el arquitecto ve su obra y se siente contento porque su hija de piedra y mezcla será siempre la trompeta de su fama, que nunca le hará traición y que cuando sus enemigos griten y clamen contra él, ella con su muda voz enseñará al mundo que su autor fué un hombre que trabajó e hizo el bien, porque creó una morada, a donde después vendrá un esposo, una esposa y unos hijos que todos formarán una familia, que es la piedra angular de la sociedad, porque de muchos hogares se forma la Patria y de muchos corazones se hace la Humanidad.

Pues bien, si nos colocamos delante de esa casa ¡cuántas cosas se nos ocurren! Si por ejemplo pasa un arquitecto, apreciará las proporciones armónicas del conjunto, la verdad de los detalles, la belleza y fidelidad de la concepción del autor del proyecto.

Si llega un poeta, cantará seguramente al rayo de luna que, filtrándose por el hueco de una ojiva, viene a revelar indiscreto, los amores de la rubia Elia con el ardiente don Juan.

Pasa un geólogo, e instintivamente, casi maquinalmente, ve en su imaginación los yacimientos de donde se extrajo la piedra con que se construyó el edificio.

Le tocó su turno a un médico. Este considera las condiciones de higiene de aquel nido, en donde tienen que habitar otros seres racionales como él y que tanto derecho tienen a la vida como él mismo.

Ahora llega un químico; éste penetra hasta lo más hondo, lo más profundo. Considera las millonadas de átomos que constituyen cada fragmento, hasta el más insignificante que constituye aquella casa. Pero también sabe el químico lo que es necesario hacer para fabricar la cal que constituye la mezcla, el cemento que solo o unido al fierro tiene resistencia asombrosa; conoce también lo que forma ese hermoso mármol con que está hecha la escalera, el estuco que, pulido, es tan brillante y bonito; los colores con que el hábil pintor decoró las recámaras, el cristal, que centellea en las arañas del salón y en las copas de bacarat en que humea el espumoso champagne; sabe los secretos de la maritornes, es decir, no los de su corazón, sino los que hacen las delicias de los que gustan de los placeres de la mesa del jefe de la casa; sabe..... Pero ¿cuándo acabaría yo de relatar lo que sabe un químico de todo lo que ve en su casa? Seguramente nunca sabría yo decirlo.

Pasemos al punto segundo: el vestido.

Desde que el hombre apareció sobre la faz de la tierra, ha tratado de buscar los medios para cubrir su cuerpo de los rigores del intemperismo. Largo sería hacer la descripción del traje porque ha variado tanto y ha afectado formas tan diversas, que bastaría abrir cualquier libro que se ocupe de historia, para saber que existe una importantísima ciencia denominada arqueología que investiga, describe y explica los monumentos antiguos con el fin de rectificar y de completar la historia. Una de sus partes integrantes, es la *indumentaria* (1) que estudia los trajes.

Desde los salvajes del Africa con sus taparrabos, hasta la elegantísima parisíen que pasea sus encantos por el boulevard, todos, todos, sin excepción se cuidan del frío y del calor. Claro es que independientemente de todo esto, el buen gusto, sobre todo el de la mujer, ha sido un acicate para variar las formas y los colores de los vestidos hasta el infinito.

Hagamos la misma reflexión que tuvimos a propósito de la casa: ¡Cuántas cosas se nos ocurren cuando vemos un vestido, un pedazo de tela!

Si somos jóvenes, o si soñamos, vemos al ser que amamos y que hace palpar nuestro corazón, con su vestido blanco de novia, su corona de niveos azahares, su albo velo de desposada, sus manos, en una de las que se enrolla el piadoso rosario, calzadas de magníficos guantes.

Otras veces, cuando evocamos horrible visión, en que se nos representa algún ser querido, amortajado, rígido y yerto, que espera que nosotros demos paz a sus restos, nos vemos vestidos de negro, enlutados, lleno de crespones el vestido de nuestra esposa o de nuestra madre. Otras veces al presenciar algún desfile militar, vemos a nuestros heroicos soldados llegar jadeantes, rendidos, con los trajes hechos pedazos, con los ojos enrojecidos por el polvo y el sol, pasar delante de nuestra puerta.

Pero ya no es el traje, ya no es un trapo, es algo infinitamente más grande y noble: es nuestra bandera.

Yo corro, la beso, la estrecho contra mi corazón.

Pues bien, debemos pensar que ese vestido blanco de novia, ese traje negro de luto, lleno de crespones, ese uniforme de nuestros valientes soldados, esa bandera amada, insignia de la patria, están hechos de algo cuya fabricación ha requerido muchos esfuerzos, mucho trabajo, muchos desvelos y que por sí sola ha necesitado la creación de una fábrica, hija de esa forma de actividad humana que se llama *industria*. Sin ella, no tendríamos trajes de ninguna forma ni de ningún género, y con ella, poseemos vestidos cómodos y de todas clases, propios para todos los climas y estaciones.

Pasemos al tercer punto. Es imperiosa la necesi-

(1) Voz que viene de la latina "indumentum", vestido, vestidura.

dad de comer; sin esto no podríamos vivir, porque nuestra economía no repararía las pérdidas continuas de nuestros órganos.

El hombre es omnívoro, es decir, se alimenta de cosas muy diferentes: frutos, carnes, pan, bebidas diversas....

Pongámonos delante de una mesa servida, y reflexionemos.

Un asceta, un hombre frugal, mortifica su cuerpo porque antepone a la gula la energía de su voluntad.

Es el caso aquel de: cuerpo, ¿quieres gallina? atribuido al ilustre ciudadano de Asis.

Para una alma generosa, la vista de una mesa servida, trae el recuerdo de dar de comer al hambriento. Para un gastrónomo, es el asiento de un gran placer.

Un médico ve en la mesa de un banquete muchas futuras indigestiones, gastralgias, enteritis y disenterías.

Un hombre de trabajo, que vuelve a su casa, que se sienta a su mesa rodeado de su familia, encuentra en esos momentos ese dulcísimo placer, mitad material, mitad espiritual, que le llena de contento y da vigor, energía y entereza para triunfar en las batallas de la vida. Ya sea el sabroso pan, amasado con primor por una de las hijas, el delicioso pastel dorado y caliente, obsequio de la esposa, el néctar de Lesbos escanciado por Lesbia la bella (2) o el riquísimo Benedictine de los sabios frailes de Fecamp.

Todo esto ¿cuántas transformaciones necesitó para llegar a nuestra mesa? Cierro los ojos y veo con la imaginación. Estoy en el campo; el cielo está azul y sereno, los labradores aran el terreno, lo preparan, lo mullen y abonan, siembran y riegan; sale la planta, crece, se desarrolla; el sol es propicio, brota la flor, se forma el fruto y el agricultor recoge la cosecha:

Estoy en un viñedo en un día de vendimia. ¡Qué alegres suenan las campanas de la aldea! Los vendimiadores cortan los dorados racimos y los transportan a la fábrica. ¡Qué alegría reina ahí! Robustos mozos dirigen los carros, tirados por fuertes caballos, hasta el interior de los patios en donde son depositados los enormes cestos llenos de jugosos racimos. Potentes prensas movidas por electricidad exprimen los frutos y el dulce jugo, puesto a fermentar y debidamente trabajado, se transforma en esos vinos cuya fama y renombre llena el mundo. O bien se hace el rubio champagne y: «permite dorado líquido que mis labios te besen y que mi corazón se llene de placer.»

La ciencia es la madre de la industria; sin la primera, sería la segunda un conjunto de recetas empíricas.

Dos llaves abren al hombre el grandioso templo de la industria: La mecánica y la química. Sin estas dos ciencias no puede existir industria alguna y al contrario, el cultivo intenso de ambas, hace a los países fuertes y prósperos y a los hombres les comunica mayores deseos de mejorar su situación, supuesto que les proporciona campo más dilatado para desarrollar sus actividades y procurarse un número superior de bienestar y de comodidades.

Si somos industriales seremos dueños del porvenir y si no estaremos condenados al eterno yugo del que sea más apto y capaz que nosotros.

No tenemos derecho de vacilar ni un momento. México es un país rico en reservas naturales de todo género. Tenemos fuentes innumerables de petróleo, caídas de agua de grande potencia, minas de toda especie, suelo riquísimo para la agricultura, bosques con maderas finísimas, flores de perfume delicadísimo; riquezas incomparables todas que necesitamos aprovechar para el BIEN DE NUESTRA PATRIA Y DE LA HUMANIDAD.

México, Mayo de 1917.

Juan S. AGRAZ.

Director Fundador de la Facultad de Ciencias Químicas.

(2) Como diría mi eminente amigo E. Fernández Granados.